

FIESTAS DE NTRA. SRA. DE LOS MILAGROS



Del 22
al 29
de Mayo

2016

ÁGRED A





CUADRO DE LA VIRGEN DE LOS MILAGROS Donado por la Familia Pérez-Caballero





Saluda del Alcalde

Queridos vecinos y vecinas:

Hace casi ya un año, tomaba nuevamente posesión del cargo de Alcalde de Ágreda. Todos estos años como concejal y alcalde han sido una experiencia intensa en lo personal, y en lo político. He vivido, con vosotros, sentimientos y emociones que jamás olvidaré y no puedo sino expresar gratitud por este honor inestimable que dignifica mi biografía. Intentaré con todas mis fuerzas, no defraudar jamás la confianza que han depositado en mi persona.

Inicio este nuevo camino, de servidor público, con ilusión, con sentido del deber y con un profundo sentido ético de entrega a mi pueblo. Y cuando lo digo – porque lo siento y lo deseo- viene a mi memoria, en este año que celebramos el IV Centenario del fallecimiento de Cervantes, aquel pasaje del Quijote en el que Sancho Panza es nombrado gobernador de la Ínsula Barataria. Su señor, el Ingenioso Hidalgo, envía una carta al escudero en la que le da unos sustanciosos consejos:

“Para ganar la voluntad del pueblo que gobiernas, entre otras, has de hacer dos cosas: la una, ser bien criado de todos [...] y la otra procurar la abundancia de los mantenimientos, que no hay otra cosa que más fatigue el corazón de los pobres que el hambre y la carestía [...]

Visita las cárceles, las carnicerías y las plazas [...]

No hagas muchas pragmáticas; y las que hicieres procura que sean buenas, y sobre todo que se guarden y cumplan. Sé padre de las virtudes y padrastro de los vicios [...]

Muéstrate agradecido, que la ingratitud es hija de la soberbia y uno de los mayores pecados que se sabe”.

Deseo que estas palabras que Cervantes pone en boca de don Quijote, sean siempre texto de cabecera para este Alcalde que les habla y que les dirige su saludo festivo.

Quiero aprovecharlo no sólo para felicitar las Fiestas Patronales a todos, agredños y forasteros, sino para entrar en sus hogares y ponerme a su disposición. Desde el respeto a todas las formas de pensar y sentir, me pongo a disposición de todos los ciudadanos que quieran compartir conmigo la defensa de lo público y un concepto de gobierno cercano a la vida cotidiana de la gente y a la lucha contra la desigualdad.

Quiero hacerme merecedor de su confianza y generar ilusión y estímulo en todos ustedes.

¡Felicidades a todos! Que encuentren en estas fiestas una oportunidad para la alegría, la convivencia cordial, el cultivo de la amistad, la diversión y el optimismo.

¡Viva la Virgen de los Milagros!

Jesús Manuel Alonso Jiménez.
Alcalde de Ágreda



Nuria Rubio

Ágreda 2016

Fiestas de Ntra. Sra de los Milagros

La Virgen de los Milagros,

Patrona de Ágreda y su Tierra.....3

Saluda del Alcalde5

Pregonero: Emiliano Revilla9

Reina y Damas de las Fiestas..... 10

Saluda de la Parroquia 13

Celebraciones Litúrgicas 14

Saluda de la Comisión de Festejos 17

Festejos Populares 19

Semana Cultural de “Primavera”20

La Magia del Territorio.....23



Edita: Excmo. Ayuntamiento de Ágreda
D.L.: SO-24/2015

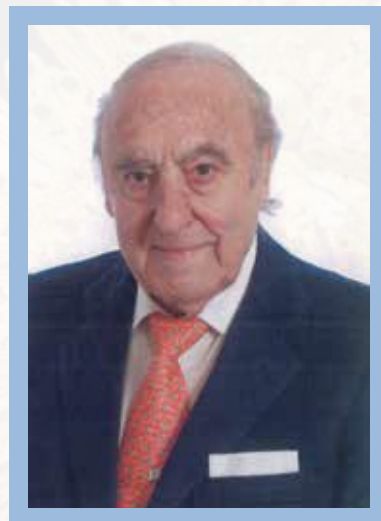
 Tel.: 902 271 902
Editorial MIC www.editorialmic.com





M^a José Ruiz Salas

PREGONERO Emiliano Revilla



Nací en Ólvega en 1928, aunque me considero tan de la zona en general, y de Ágreda en particular, como cualquier vecino de aquí.

Inicié mi trayectoria empresarial con 16 años, procurando en todo momento que mis señas de identidad fueran el esfuerzo, la honradez y la constancia. Con estas herramientas en sólo 20 años pasamos de 2 empleados a 800, convirtiendo, como es bien sabido, la empresa Industrias Revilla en un referente nacional.

En este mismo sector, y en el año 1977, construimos en Soria capital otra fábrica de productos cocidos que en su día dio trabajo a otros 250 operarios.

Por motivos sobradamente conocidos, concentré mis esfuerzos en desarrollar el Polígono Industrial que lleva mi nombre, donde se instalan varias industrias de distintos sectores, siendo algunas de ellas de destacado tamaño e importancia. Esta realidad ha traído como consecuencia la creación de otros grupos de empresa auxiliares de las principales.

El resultado de esta dedicación se traduce de forma muy elocuente en que la población de Ólvega, ha pasado de 1.000 a los 3.800 habitantes actuales, coincidiendo este mismo número con el de los empleos que actualmente se ocupan en el Polígono y en el pueblo en general. Esta es la prueba evidente de que muchos operarios provienen de otras comarcas y provincias limítrofes.

Por último, decir que en el Polígono de Ólvega entran diariamente a trabajar entre 600/700 operarios. Mi objetivo es seguir como hasta ahora, que por falta de voluntad y entusiasmo por esta tierra no quedará.

Un abrazo para todos y felices fiestas.

Reína



ANDREA
MAYOR VAL

Querida Virgen de los Milagros y queridos amigos:

Con la emoción y el gozo de representar a la juventud agredeña y en nombre de los Quintos del 97 os saludamos a todos con singular afecto.

Desde la ilusión y la gratitud de haber sido elegidas, queremos vivir estos días de celebración y júbilo con sencillez y delicadeza.

Es un honor y una dicha ser de este pueblo, unidos en la amistad y en torno a la Virgen, queremos ofrecer a todos:

La sonrisa, franca y sincera que contagia alegría y anhelos de felicidad.

La acogida, identidad de nuestra villa, que ensancha el corazón, extiende los brazos y abre las puertas a todos los que nos visitan.

Nuestra juventud jovial y abierta, que se recrea en el pasado y valora lo que tiene. Joven es aquel que tiene espíritu y espera en el futuro.

Las flores, que son ofrenda a María, pero simbolizan también la belleza de nuestro pueblo, nos motivan a la fiesta y son regalo y estímulo para enfermos y para todos los que sufren.

¡Felices Fiestas de los Milagros!

Con cariño

La Reína y las Damas.



Damas



María García
Martínez
2^a Dama



Andrea Ortiz Lostal
1^a Dama



David del Río Aranda

Saluda de la Parroquia

Queridos agredeños y visitantes:

"Viva Ágreda, porque tiene la Virgen de los Milagros". Así comienza una de las coplas de nuestra Villa. Y este es un sentimiento que, durante generaciones, se ha sabido guardar y exportar.

Un año más, al llegar unos de los días más grandes de nuestra Villa, es obligado volver la mirada hacia Nuestra Madre, la Virgen de los Milagros. En Ella encontramos a la Madre común de todos los devotos de Villa y Tierra; en Ella descubrimos el nexo de unión entre todos los que formamos parte de estas tierras del Moncayo.

Las madres, en cada uno de nuestros hogares, dais vuestra vida a los hijos, mantenéis la unidad entre la familia, vivís sin escatimar en desvelos y en esfuerzos, ..., pero cuando falta la madre, algo muy grande perdemos las personas.

De similar manera sucede con Nuestra Madre, la Virgen de los Milagros. En Ella encontramos nuestro refugio, nuestro consuelo, nuestro apoyo, nuestro punto de unión; en definitiva, en Ella encontramos a Nuestra Madre.

Si Ágreda olvida a su Madre, y celebra su fiesta sin escuchar a la Virgen y sin adorar a Jesucristo Sacramentado, perdería todo el sentido de estos días. Acerquémonos a la Madre, y llevemos a nuestra vida los mismos sentimientos y actitudes que a Ella adoraron.

María, Madre de Misericordia, nos mantenga siempre unidos en su Hijo.

Felices Fiestas de la Virgen de los Milagros.

Celebraciones Litúrgicas 2016

DOMINGO, 22 DE MAYO

DE LA STMA. TRINIDAD. - FIESTA VOTIVA DEL PUEBLO EN HONOR DE LA SANTÍSIMA VIRGEN DE LOS MILAGROS.

8:00 h. ROSARIO DE LA AURORA.

11:00 h. Celebración de la Eucaristía Consagración del Pueblo a la Santísima Virgen. DÍA "PRO ORANTI-BUS".

LUNES, 23 DE MAYO

20:00 h. CELEBRACIÓN COMUNITARIA DE LA PENITENCIA

MIÉRCOLES, 25 DE MAYO

22:00 h. ADORACIÓN NOCTURNA, a la que queda invitada toda la Parroquia.

JUEVES, 26 DE MAYO

FIESTA PATRONAL VOTIVA DEL SANTÍSIMO CUERPO Y SANGRE DE CRISTO.

11:00 h. Eucaristía y procesión con el Santísimo por las calles de la Villa. Exposición y Adoración del Santísimo Sacramento.

18:00 h. Rosario a la Santísima Virgen por parte de los niños de la Primera Comunión.

18:45 h. Hora Santa, Reserva y celebración vespertina de la Eucaristía.

VIERNES, 27 DE MAYO

VÍSPERA DE LA FIESTA DE LA SANTISIMA VIRGEN DE LOS MILAGROS.

12:00 h. Eucaristía votiva en la Ermita del Barrio, en recuerdo del "Milagro del Zapatero".

18:30 h. OFRENDA DE FLORES A LA VIRGEN.

Al finalizar este acto y con anuncio de campanas, comenzará el primer día de la Novena.

La Novena se celebrará todos los días a los 20:00 h

22:00 h. SANTO ROSARIO DE CRISTAL y PREGÓN MARIANO, a cargo del predicador de la Novena, Rvdo. Sr. D. Raúl Romero López..

(Se recuerda que aquellos cofrades que hayan sido citados para llevar farol, deberán estar en el Fuerte a las **21:15 h.** para recogerlo. A partir de las 21:30 se entregarán libremente a las personas que estén esperando.)

SÁBADO, 28 DE MAYO

SOLEMNIDAD DE LA SANTISIMA VIRGEN DE LOS MILAGROS, PATRONA DE VILLA Y TIERRA.

07:00 h. Recepción de peregrinos y primera Eucaristía. Apertura de Camarín.

11:00 h. Concelebración de la Eucaristía, presidida por el Ilmo. Sr. D. Javier Bernal Gimeno (Vicario de General de la Diócesis Tarazona), con asistencia de M.I. Ayuntamiento de Ágreda, de los pueblos del Patronazgo, Autoridades y Cofradías. Seguidamente, procesión por las calles de la Villa.

Otras celebraciones de la Eucaristía: **8:30 h., 9:30 h. y 13:00 h.** por la mañana

16:00 h. Apertura del Camarín.

18:45 h. Celebración de la Eucaristía y segundo día de la Novena.

DOMINGO, 29 DE MAYO

SOLEMNIDAD DEL "CORPUS CHRISTI"

11:00 h. Celebración de la Eucaristía.

13:00 h. Celebración de la Eucaristía.

19:00 h. Celebración de la Eucaristía y tercer día de la novena.

De 4 a 9 de la tarde se abrirá el Camarín de la Virgen.

VIERNES, 3 DE JUNIO

SOLEMNIDAD DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS.

11:00 h. Exposición del Santísimo Sacramento.

19:30 h. Procesión y Consagración del pueblo al Sagrado Corazón de Jesús. Celebración del octavo día de la novena.

SÁBADO, 4 DE JUNIO

FIESTA DE LA OCTAVA DE LA STMA. VIRGEN DE LOS MILAGROS.

Recordamos que este día es la fiesta titular de la Cofradía.

11:00 h. Exposición del Stmo. Sacramento.

18:30 h. Hora Santa. Procesión con el Stmo. Sacramento. Reserva. Eucaristía y último día de la novena. Himno a la Virgen de los Milagros y Subida al Camarín.

(Para la atención a los enfermos, durante la novena, comunicar a la Parroquia.)





David Campos Sevillano

Saluda de la Comisión

Aunque parezca que fue ayer cuando acabamos las fiestas de 2015, se acerca el momento tan esperado por todos de celebrar nuestras fiestas patronales 2016, en honor a Nuestra Virgen de los Milagros, y sumergirnos así en un ambiente festivo.

Año tras año, con mucha ilusión, la comisión se esfuerza en programar diversos actos, que sean del agrado de todos y donde tengan cabida todo tipo de actividades: religiosas, lúdico-deportivas, musicales...

Desde la Comisión queremos agradecer de manera especial la activa y desinteresada participación de la Cofradía de la Virgen de los Milagros, Parroquia, Asociaciones, empleados municipales... sin ellos las fiestas no serían lo mismo; así como a todos los vecinos, que con vuestra participación ilusionada en los diversos actos, vuestra generosidad, hospitalidad y comprensión garantizáis el éxito de nuestras fiestas.

Aparquemos durante estos días nuestro trabajo y preocupaciones, disfrutemos y hagamos disfrutar a cuantos nos visitan. Engalanemos las fachadas y participemos en las Fiestas en honor de nuestra patrona.

Si en algo nos equivocamos, a pesar de poner todo el empeño y corazón en todos y cada uno de los actos programados, pedimos vuestra comprensión y aceptar de antemano nuestras disculpas.

Para finalizar, no podemos olvidarnos de todas aquellas personas que no estarán entre nosotros y no podrán compartir estas jornadas festivas. Desde estas líneas recibid nuestro recuerdo más sincero con cariño y afecto.

Vayan para todos nuestros mejores deseos, que haya diversión y alegría, y que las fiestas de la Virgen de los Milagros sean motivo de encuentro y celebración.

¡Viva la Virgen de los Milagros!

Comisión de Festejos



FIESTAS DE NTRA. SRA DE LOS MILAGROS 2016

FESTEJOS POPULARES

LUNES 16 Y MARTES 17 DE MAYO

19:30 h. Torneo "Virgen de los Milagros" de Bádminton. Polideportivo Municipal.

MIÉRCOLES 18 Y JUEVES 19 DE MAYO

19:30 h. Torneo "Virgen de los Milagros" de Frontenis por parejas. Polideportivo Municipal.

MARTES 17 Y VIERNES 20 DE MAYO

19:30 h. Torneo "Virgen de los Milagros" de Pelota a mano por parejas. Polideportivo Municipal.

VIERNES 20 DE MAYO

19:30 h. Torneo "Virgen de los Milagros" Tenis de mesa. Polideportivo Municipal.

PARA MAYORES DE 16 AÑOS, CATEGORÍAS MASCULINA, FEMENINA Y MIXTA. ORGANIZA AYUNTAMIENTO DE ÁGREDA Y AJA.

20:00 h. Presentación del libro de fotografías de la Cofradía de la Virgen de los Milagros: "Ágreda y su Patrona; Recuerdos y costumbres". Palacio de los Castejón.

SÁBADO 21 DE MAYO

10:00 h. Partidos de Fútbol-Sala Ágreda, categorías pre-benjamín y benjamín. Polideportivo Municipal.

18:00 h. Desfile de cabezudos. Salida del Ayuntamiento.

19:00 h. Circuitos Escénicos. Jaime Lafuente "Canciones animadas para niños". Palacio de los Castejón.

21:00 h. Presentación de la Reina y Damas. Palacio de los Castejón. A cargo de: D^a M^a Montserrat Rubio Blázquez – Perio dista de es.radio

21:30 h. Concierto Banda Municipal de Ágreda. Plaza Mayor.

DOMINGO 22 DE MAYO

FESTIVIDAD DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD. FIESTA DEL PUEBLO

09:00 h. Diana. Banda Municipal. Recorrido por las calles de la Villa.

12:00 h. Homenaje a Cofradía Virgen de los Milagros, por su magnífica trayectoria manifiesta durante años, por su excelente labor y trabajo aportado de forma desinteresada en las actividades relacionadas con la Parroquia.

13:30 h. Concierto. Plaza Mayor. Orquesta "Magnum".

De 17:00 a 19:00 h. Puertas abiertas del Jardín Renacentista del Palacio de los Castejón.

19:30 h. Concierto de Primavera. Banda Municipal. Dirigida por D. Rubén Cueva Gil. Lugar: Fuerte Parroquial.

20:45 h. Baile público. Plaza Mayor. Orquesta "Magnum".

LUNES 23 DE MAYO

20:00 h. Fase final torneo futbol sala "Virgen de los Milagros". Polideportivo Municipal.

MARTES 24 DE MAYO

17:00 h. Torneo de Bádminton, menores de 16 años. Polideportivo Municipal.

MIÉRCOLES 25 DE MAYO

13:30 h. Chupinazo, disparo de cohetes y bombas japonesas. Plaza Mayor.

17:30 h. Charanga y cabezudos. Salida del Ayuntamiento.

21:00 h. Pregón de Fiestas. Desde el Balcón del Ayuntamiento. A cargo del Sr. D. Emiliano Revilla Sanz.

21:30 h. Baile público. Pl. Mayor. Orquesta: "Nueva Orfeo".

00:00 h. Baile Público. Plaza Mayor. Orquesta: "Nueva Orfeo". Organiza Bingo: AJA

JUEVES 26 DE MAYO

FESTIVIDAD DEL CORPUS CHRISTI

09:00 h. Diana. Banda Municipal. Recorrido por las calles de la Villa.

13:30 h. Concierto. Plaza Mayor. Orquesta: "La Fania".

18:00 h. Espectáculo Infantil: "Sabirón Camaleón": magia, guiñol, globoflexia, canciones, humor, y regalos. Plaza Mayor.

20:00 h. Concierto de la Coral y Orquesta "Villa de Ágreda". Director: D. Jesús Villarroja Lancis. Iglesia de San Miguel.

21:15 h. Baile público. Plaza Mayor. Orquesta: "La Fania". Durante la sesión se entregarán los trofeos de los torneos deportivos.

00:00 h. Baile público. Plaza Mayor. Orquesta: "La Fania".

VIERNES 27 DE MAYO. DÍA DEL NIÑO

11:00 a 15:00 h. Hinchables en Plaza Mayor.

18:30 h. Ofrenda de flores a la Virgen con la participación de la Banda Municipal y la Escuela de Jotas de Ágreda.

20:30 h. Baile público. Plaza Mayor. Orquesta: "Pasaraela".

00:00 h. Baile público. Plaza Mayor. Orquesta: "Pasarela". Organiza Bingo: AJA

(Descuentos del 50% en todas las atracciones. Parque de la Dehesa).

SÁBADO 28 DE MAYO

FESTIVIDAD DE NTRA. SRA. DE LOS MILAGROS

08:00 h. Diana. Banda Municipal. Recorrido por las calles de la Villa.

13:30 h. Concierto. Plaza Mayor. Orquesta: "Pasarela".

PELOTA MANO PROFESIONAL

18:00 h. Primer Partido:

TAINTA – TELLETXEA VS URBIETA - AZANZA.

Segundo Partido:

TITIN III - ZABALA VS XALA - BEGINO

21:00 h. Baile público. Plaza Mayor. Orquesta: "Pasarela".

00:00 h. Fuegos artificiales. Quema de una colección de fuegos artificiales en Paseo de los Templarios (junto al antiguo Instituto).

00:30 h. Baile público. Plaza Mayor. Orquesta: "Pasarela". En el descanso se jugará un bingo a favor de ASPACE SORIA.

DOMINGO 29 DE MAYO

11:00 a 14:00 h. Tren Turístico por las calles de Ágreda (salida desde el Fuerte).

13:30 h. Baile público. Pl. Mayor. Orquesta: "Oasis Musical Show".

17:00 a 20:00 h. Tren Turístico por las calles de Ágreda (salida desde el Fuerte).

20:00 h. Baile público. Plaza Mayor. Orquesta: "Oasis Musical Show".

LUNES 30 DE MAYO

17:00 h. Últimos entrenamientos juegos escolares.

20:00 h. Fase final torneo futbol sala "Virgen de los Milagros". Polideportivo Municipal.

MARTES 31 DE MAYO

17:00 h. Torneo "Virgen de los Milagros" de tenis de mesa, para menores de 16 años. Polideportivo Municipal.

MIÉRCOLES 1 DE JUNIO

19:00 h. Torneo "Virgen de los Milagros" de frontenis por parejas, para menores de 16 años. Polideportivo Municipal.

VIERNES 3 DE JUNIO

16:00 h. a 19:00 h. Fin de temporada de futbol sala, categorías pre-benjamín y benjamín. Polideportivo Municipal.

19:00 h. Torneo de futbol sala "Virgen de los Milagros" categoría femenina. Polideportivo Municipal.

SÁBADO 4 DE JUNIO

FIESTA DE LA OCTAVA DE LA VIRGEN

12:00 h. XII CROSS POPULAR "Virgen de los Milagros".

Todas las categorías. (Inscripciones y salida en el Polideportivo Municipal). Recorrido Parque de la Dehesa.

Información e Inscripción para todos los Torneos en Polideportivo Municipal.

TORNEOS DEPORTIVOS VIRGEN DE LOS MILAGROS DE BALONMANO

11:00 h. Categoría Pre-benjamín.

12:00 h. Categoría Benjamín.

13:00 h. Categoría Alevín.

17:00 h. Categoría Infantil.

18:30 h. Categoría Senior Femenina.

20:30 h. Grupo de JOTA ARAGONESA y actuación de la ESCUELA MUNICIPAL DE JOTAS. Plaza Mayor.

LUNES 20 DE JUNIO

19:00 h. Concierto de fin de curso de la Escuela Municipal de Música. Palacio de los Castejón.

SEMANA CULTURAL DE "PRIMAVERA" DE LA ASOCIACIÓN DE JUBILADOS Y PENSIONISTAS DE ÁGREDA

LUNES 6 DE JUNIO

17:00 h. Juegos populares en los alrededores del Centro Social.

MARTES 7 DE JUNIO

Viaje Turístico Cultural

MIÉRCOLES 8 DE JUNIO

"DÍA DE CONVIVENCIA"

12:30 h. Celebración de la Eucaristía en la Parroquia.

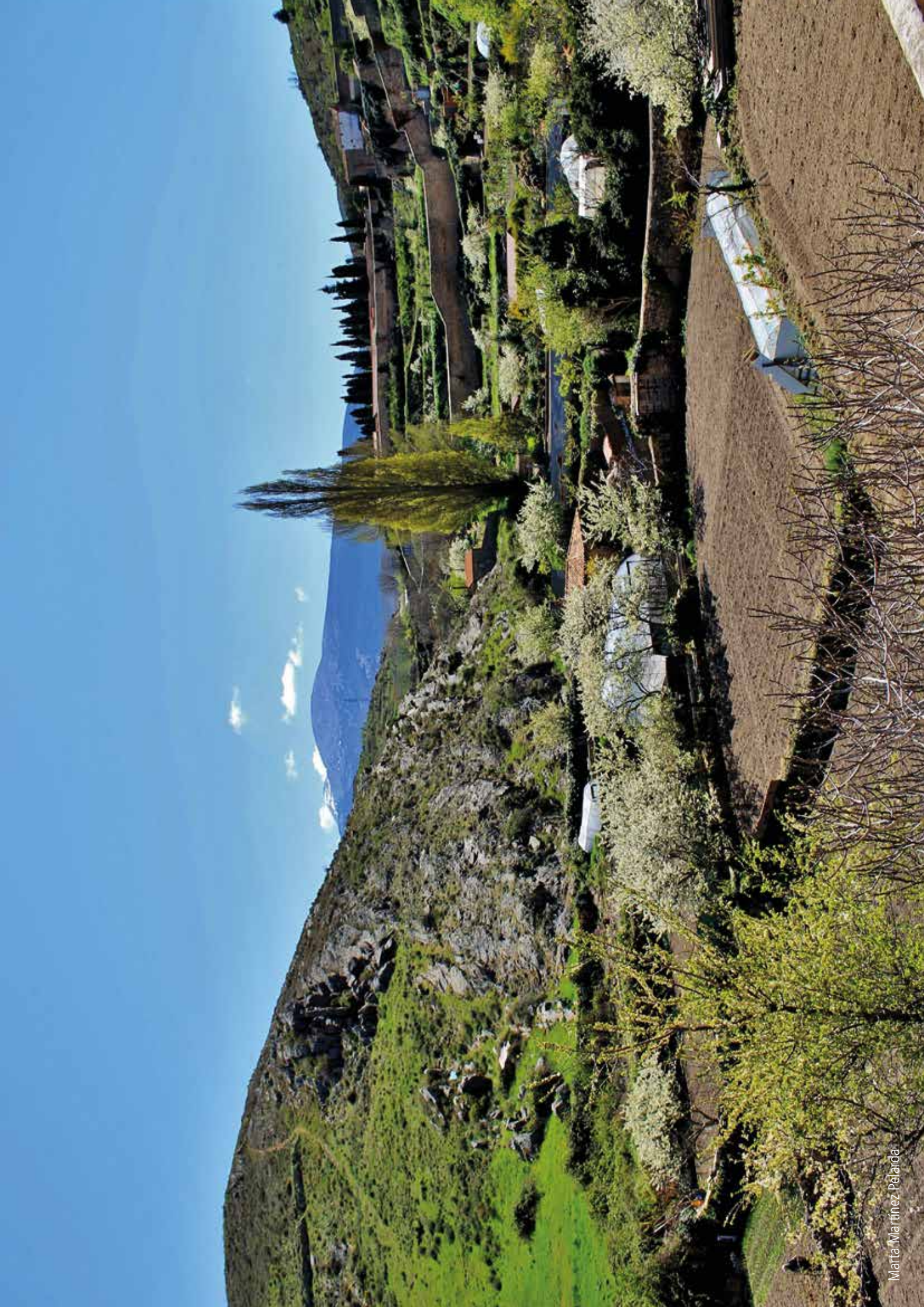
13:30 h. "Vino Español", obsequio de la Asociación en la Sede.

14:30 h. Comida de "Hermandad" en Restaurante.

16:30 h. Homenaje tradicional anual a la persona mayor de la Asociación, y mención de obsequios ofrecidos a los socios más imposibilitados.

17:00 h. Entrega de premios a los ganadores de los Juegos Populares.

17:30 h. Fin de fiesta de la Semana Cultural.





Milagros Molero Pérez



Ángel García Lumbreras

Ángel García Lumbreras

Primer Premio del IV Certamen Literario de Turismo Medioambiental “Villa de Ágreda” 2015

LA MAGIA DEL TERRITORIO

Héctor Hugo Navarro Díaz

Tuve que tomar un taxi para no llegar tarde a mi cita en la editorial. Se me había ido el tiempo poniéndome presentable para recibir el visto bueno del editor a mi nuevo libro de relatos. Frente al espejo todavía estaba convencido de ello. La citación que había llegado hasta la pantalla de mi ordenador no podía ser por otra cosa. De lo contrario para qué iban a molestarse en comunicármelo en persona. Cuando unas horas después abandoné el despacho del editor, sin embargo, la certeza de que mis relatos continuaban encerrados en el mismo archivo electrónico en el que los envié, no me había dejado valorar todavía su inesperada propuesta. El camino a casa, esta vez a pie, tan agradable al final de la primavera, me había acabado por abrir los ojos, y ya cuando dejé la puerta de casa a mis espaldas lo sucedido en aquel despacho casi me parecía algo digno de celebrar.

No iba a venirme nada mal ponerme a trabajar sobre algo ya concretado. Desde mi vuelta de EE.UU no había escrito nada importante una vez entregara los relatos. Transitaba por una especie de hibernación creativa que ya se contaba por meses. El semestre anterior, sin embargo, había sido intenso y prolífico. Desde que me llamaran de la Universidad Estatal de Nuevo México para impartir un curso de literatura romántica española, no había parado de trabajar. La preparación de las clases, del viaje y de la estancia en la ciudad de Las Cruces dejó paso, una vez fijado el rumbo del curso y de mi vida, a una muy productiva etapa durante la que escribí una serie de relatos que había llamado “americanos” aprovechando mi perplejidad de recién llegado a un territorio, a una cultura y a una forma de vivir que a veces todavía echo de menos. Después de aquellos meses casi frenéticos, no podía sentirme culpable por un merecido periodo de asueto, pero para que a esta etapa de inacción le siguiera la de culpabilidad-ansiedad no quedaba mucho.

Conocedor de esta experiencia docente, mi editor, que es un tipo que se mueve principalmente a golpe de intuición, veía en mí al perfecto encargado de llevar a cabo una nueva “pero distinta” edición de la obra en prosa de Gustavo Adolfo Bécquer. En principio no parecía muy buena idea y así se lo hice saber. Bécquer es uno de los autores más publicados en lengua castellana, en gran medida porque forma parte del currículo académico del país generación tras generación. No veía dónde podía estar la novedad de editar por enésima vez las Leyendas y las Cartas desde mi celda, aparte de dejar fuera las Rimas, lo que podía incluso perjudicar el conjunto. Personalmente tampoco era yo lo que se dice un especialista en el autor sevillano. Ni siquiera en la materia que había acabado impartiendo por gentileza de un amigo catedrático que me recomendó a la Universidad Estatal al no poder ocuparse él personalmente. Pero mi opinión poco parecía importarle. Al parecer el proyecto, que vería la luz con motivo de la conmemoración del 150º aniversario de la muerte del autor, venía respaldado por una fundación consagrada a su memoria con sede en Soria, con lo que no se buscaba tanto la rentabilidad como la calidad y especialización de la obra, principalmente centrada en la etapa soriana. Para ello habían pensado en un trabajo “más transversal” en el que además del análisis literario del que debía encargarme yo, iban a participar un historiador y un periodista, aunque valorando la intensidad de sus palabras, se diría que la mayor baza del proyecto era el concurso de un “magnífico ilustrador” que acompañaría la selección de textos con sus dibujos.

Para acabar de convencerme de que la cosa iba en serio, el editor me ofreció cobrar una parte del trabajo por adelantado. Entonces me animé a sacar el asunto de mis relatos america-

nos y maldisimuló al asegurarme que estaban ya en manos de los lectores de la editorial. Fue cuando en un rapto de inocente orgullo le dije que necesitaba pensármelo.

Pasé los primeros días empapándome de la obra de Bécquer, leyendo todo lo que podía encontrar sobre él; lo que hizo que me planteara a cada momento la idoneidad de mi elección para realizar tal encargo. Me sorprendía lo poco que sabía de la breve vida del sevillano. Las Rimas y las Leyendas, además de conocerlas desde mis tiempos de estudiante de secundaria, habían formado parte de la programación del curso impartido en la Universidad, pero las Cartas, en realidad unos artículos publicados en la prensa del momento y que solían quedar fuera del currículo, lo confieso ahora, ni siquiera las había leído en toda su extensión.

Buscando un punto de originalidad entre tanto prefacio más o menos erudito, opté por darle al mío un enfoque topográfico. La idea era estudiar los textos a partir de los territorios que habían ejercido una influencia decisiva sobre el autor. Debería para ello pasar algún tiempo en Sevilla, su ciudad natal; en Madrid, adonde llegó el joven poeta en busca de hacerse una carrera literaria; en Toledo, que inspiró algunas destacadas leyendas. Pero sobre todo debía insistir en su etapa soriana, la más prolífica sin duda en cuanto a su prosa y la que debía satisfacer las expectativas más exigentes de la fundación que apadrinaba el proyecto. No podía dejar de visitar, por ejemplo, su celda en el Monasterio de Veruela, uno de sus principales centros de su inspiración ni las poblaciones del somontano del Moncayo que el autor describe en sus Cartas. Sin duda la extensa mitología de la montaña había sido agrandada por Bécquer, que no se resistió a incluir la magia del territorio del Moncayo en sus narraciones más inquietantes.

Mi amigo catedrático especialista en la literatura española del XIX del que antes hablé me había ofrecido ciertos títulos para canalizar mejor el estudio del autor y apoyó mi enfoque, aunque me advirtió que no era completamente original. Otra noche en que nos demoramos charlando tras la cena con la que quise agradecer su desinteresada ayuda, mientras le confesaba mi desconocimiento de la la Soria becqueriana, me sugirió que sería una buena idea ascender al Moncayo, para tener, dijo, una mejor perspectiva del asunto. Su ocurrencia, que no era sino una broma entre copas, acabaría prosperando. Siempre había visto la montaña sagrada de los celtíberos desde la carretera en mis viajes hacia el norte, majestuosa al final del tembloroso llano, pero nunca me había planteado la posibilidad de alcanzar su cumbre, ni siquiera sabía que aquello fuera posible. Se me presentaba una buena oportunidad para recuperar la buena costumbre del senderismo y de paso añadir un reto simbólico al proyecto.

Una vez acabado el estudio de las obras propuestas por este buen compañero, preparé mi viaje en sentido Sur-Norte, que es el mismo que había realizado Bécquer en su momento. Mi presupuesto daba para unos quince días de hostales a media pensión, así que decidí que dedicaría la última semana al estudio de la etapa soriana y pasé la primera entre Sevilla, Toledo y Madrid, lugares los tres en los que el genio sevillano había pasado diferentes momentos de su vida y que conocía bien. Había diseñado el itinerario a seguir a partir de los topónimos citados por el propio autor en sus textos y de los lugares no explícitos que sugieren sus palabras. Con un lápiz y un mapa de carreteras acoté mi campo de actuación y comencé a rastrear cualquier lugar que pudiera haber albergado los pasos del poeta. Y menos mal que sólo basaba mi actuación en los lugares citados de primera mano por este, pues de lo contrario habría encontrado serias dificultades para incluirlos todos en mi estudio, tal es el número de casas, fondas, ateneos, bibliotecas, calles, plazas y alamedas, que se arrojan la frecuencia del escritor. Estudiando el mapa que iba a marcar mi devenir inmediato, di con algo que aunque no por lógico era menos inquietante. Dejando de lado Soria, la capital, la toponimia becqueriana trazaba un círculo perfecto alrededor del Moncayo. De nuevo la montaña aparecía como un centro magnético al que yo no paraba de acercarme. Después del paso por la Soria de El monte de las ánimas, llegué un martes de julio a la villa de Ágreda, donde había fijado mi residencia para aquella semana en la celda de una acogedora casa rural.

Como he dicho no era un buen conocedor de la zona, así que llegué a Ágreda sin otras referencias que las que me había dado el buscador de alojamiento en la red. Entonces, si bien la sonoridad de su nombre no me era ajena del todo, pensaba que lo que me había llevado a elegirla entre otros lugares más expresamente becquerianos era la Historia todavía palpable en sus calles, su riqueza cultural o su proximidad al Moncayo, atributos que destacaban las diferentes páginas que consulté. Pero dada la cadena de circunstancias que salieron a mi paso una vez allí, y que me dispongo ahora a narrar, cada vez estoy menos convencido de que mi llegada a Ágreda fuera algo accidental. Casi empiezo a estar seguro, a riesgo de que me toméis por un fabulador, de que Ágreda me eligió a mí y no al revés.

Bastó un paseo por el parque de la Dehesa, siguiendo el curso del huido Queiles para convencerme de que no había llegado a un sitio cualquiera. La sensación que más podía parecerse a la que experimenté durante mi primera tarde en Ágreda era la que uno tiene cuando es presentado a alguien por primera vez y se es consciente con una convicción tal que no osamos a confesar, de que esa persona ya ha compartido un espacio y un tiempo de nuestro

pasado, y todo ello sin que haya lógica alguna que venga a apoyarnos en tal certeza. Los paisajes, los olores, incluso la expresión de algunas caras que se cruzaban con la mía, todo me resultaba demasiado familiar. Buscando una justificación razonable llegué a pensar en que había estado allí sin ser del todo consciente. Tal vez fuera de la mano de mis padres, en algún momento de nuestras vacaciones durante mi primera infancia.

Una agradable brisa caía con la tarde y el paseo empezó a poblarse de sombras verdes. Ya fuera del parque, el río se encajonaba en un túnel de piedra y siguiendo su curso hasta perderlo bajo tierra di con mis pasos en la plaza Mayor. Parejas de diferentes edades paseaban ya con la chaqueta sobre el hombro. Me acomodé en la mesa de una de las terrazas que se repartían por los rincones de la plaza y me puse a tomar algunas notas y a repasar mi agenda. Había reservado un par de días para visitar el Monasterio de Veruela y las pequeñas poblaciones circundantes como Añón, Beratón, Trasmoz... que tienen presencia tanto en las Leyendas como en las Cartas; otra jornada para Tarazona y, por último acometer la ascensión al Moncayo como una especie de simbólico colofón al viaje. El punto de partida y el final de cada jornada eran siempre Ágreda. Omnipresente, desde cualquier lugar del camino, al subir una cuesta o tomar una curva, aparecía como recordándome un destino pendiente la cumbre del Moncayo.

En mis rutas fue muy conmovedor ir comprobando de primera mano y punto por punto cómo las afirmaciones que Bécquer realizara siglo y medio antes se encontraban todavía tan vigentes. Visitando el pequeño cementerio de Trasmoz y su castillo envilecido por el paso del tiempo, era imposible no sobrecogerse ante tal estampa. Uno podía perfectamente imaginarse al poeta desde el mismo sitio que me encontraba yo contemplando la vegetación silvestre brotando entre las lápidas y anotar mentalmente un esbozo de descripción reveladoramente romántica; luego llevar la vista hasta el altozano e imaginar que las viejas que dan de comer a los gatos de camino al castillo no son sino descendientes de las legendarias brujas que subían allí para realizar sus aquelarres. Otro día, en el pueblo de Añón, tan grato a Bécquer, fui testigo del desparpajo y resolución de sus mujeres de los que dejó constancia en sus Cartas. Tal vez fuera sugestionado ya por la lectura pero lo cierto es que me fui convencido de ello. Sin ir más lejos la primera persona que encontré al llegar al pueblo fue casualmente una muchacha que tendía la ropa en un balcón. Antes de abrir la boca para saludar y preguntar qué dirección debía tomar para visitar la Iglesia, ya me había regalado una sonrisa y dado los buenos días. Y así ocurrió con la gran mayoría de mujeres que hallé por el camino. Todas eran conversadoras y su actitud alegre y resuelta. ¿Eran así desde antes de ser immortalizadas de esa manera por el escritor? Sin duda debían ser conscientes de ello.

¿Había conseguido Bécquer con sus generosas descripciones fijar para siempre el carácter de las mujeres del pueblo? ¿Dónde estaban los hombres? Los pocos que encontré los hallé en un pequeño bar, almorzando pausadamente antes de volver a sus quehaceres. Pensé que debían sentirse muy tranquilos de tener la casa en tan buenas manos. De vuelta al coche, volví a pasar por debajo del balcón de la simpática añonera. Lo que había tendido de punta a punta era una variada colección de ropa interior tan ligera como sugerente.

Del grandioso monasterio de Veruela, me llevé la decepción de no poder visitar la celda del autor que dio título a sus artículos para El Contemporáneo, pues, como me hizo saber la eficiente guía que atendió el grupo de visitantes del que formé parte, aquel lugar del cenobio se encontraba en obras que en un futuro próximo lo convertirían en un parador nacional. La muchacha, que no había dejado de sonreír durante toda la visita, no pudo evitar torcer el gesto al decirlo. Interpreté con ello que tal vez su puesto de trabajo corriera peligro con el cambio. Afortunadamente, y para no marcharme del todo descontento, la antigua cilla del monasterio acogía una exposición sobre los Bécquer. Tal vez uno de los mayores descubrimientos que me ofreció aquella visita fue el de conocer la pintura de Valeriano, el hermano de Gustavo Adolfo, en ocasiones inspirada en la escritura del poeta.

Pasé de esta manera los primeros días. Por las mañanas me dedicaba a las visitas en un ejercicio sistemático de turismo literario o de literatura de investigación. Por las tardes, de vuelta a Ágreda, actuaba de modo totalmente opuesto. Después de comer y descansar un rato, bajaba a conocer mejor la villa, prescindiendo casi siempre de cualquier tipo de previsión, dejándome llevar por el instinto que había sido mi mejor guía desde que llegara. Así que unas veces mis pasos inciertos me encaminaban por sus callejuelas, entreteniéndome en contemplar la nobleza de un portal o el escudo de un antiguo solar o, buscando pisar campo, me perdía entre las esplendorosas huertas que se extienden a los pies del barrio morisco.

Empezaba siempre mi paseos vespertinos con una primera parada en la biblioteca municipal, que no era sino una excusa para visitar el monumental y acogedor palacio de los Castejón donde esta se integra. Solía sentarme en las escaleras que llevan hasta la biblioteca para contemplar su patio de dos alturas o me dejaba embriagar por el espléndido jardín renacentista hasta recordar que había llegado allí en pleno siglo XXI para conectarme a un ordenador y revisar mi correo electrónico. Me preguntaba entonces qué pensarían de eso los propios Castejones, antiguos señores del lugar.

Fue allí donde obtuve por fin una explicación a mi familiaridad con Ágreda. La clave estaba en Sor María de Jesús. Como

rezaba el anuncio de la conferencia sobre su figura que podía leerse a las puertas de la biblioteca, esta agredeña ilustre había sido una destacada mística del siglo XVII. Se cumplían 350 años de su muerte y una serie de actos lo conmemoraban. En el propio palacio se había programado la conferencia a cargo de un fraile experto en la religiosa y una doctora en Historia Nativa Americana de la Universidad de Albuquerque (Nuevo México). Entonces lo vi claro. Meses antes, a miles de kilómetros, precisamente en Nuevo México, había leído por primera vez el nombre de Ágreda junto al de Sor María de Jesús. Fue durante la visita con un grupo de españoles a las misiones de los indios Pueblo, en Salinas. Mi memoria no había guardado bien el nombre de Ágreda, pero sí la fascinante historia de la religiosa que explicó alguien del grupo cuando nos paramos a contemplar una escultura en su honor.

Sor María de Jesús había comenzado a evangelizar a los nativos de aquellas tierras antes de la llegada de las primeras misiones. La agredeña había sido identificada como "la mujer de azul" que nombraban los indígenas a los frailes españoles que llegaban precedidos de la cruz. Pero lo más increíble de todo no era que una mujer sola en aquella época acarrearla con tal empresa, sino que, según se aseguraba desde instancias no solo religiosas, lo había realizado sin salir de su convento al otro lado del Atlántico gracias al don de la bilocación. La escultura realizada en su honor que contemplé largamente mientras los más descreídos del grupo bromeaban a costa de la posibilidad de estar en dos sitios a la vez, no se me había des pintado. Mostraba a la mística vestida con su hábito azul acogiendo en su seno a una joven india de largos cabellos con las manos en posición de rezo.

Me propuse asistir a la conferencia. Pudiera ser que incluso hubiera coincidido con la doctora americana durante mi estancia en Nuevo México, aunque su nombre no me sonaba y su Universidad, la de Albuquerque, quedara a bastante distancia de la de Las Cruces en muchos sentidos.

Después de cumplir con el errático itinerario de cada tarde en Ágreda, tal vez más errático que nunca pues no paraba de maravillarme con la casualidad que me acababa de encontrar, volví a comprobar cómo las calles se poblaban de parejas que se saludaban intercambiándose preguntas retóricas, en un juego cívico del que yo no podía formar parte por el momento. Llegué hasta la plaza y, sobre una mesa del bar acostumbrado, repasé la información que había obtenido para mi inminente subida al Moncayo y tomé algunas notas de orden descriptivo que pudieran servirme para el trabajo.

Fue en aquel mismo bar donde, mientras esperaba arreglar cuentas con el camarero, me enteré por el telediario de que el tiempo, que durante la semana había sido caluroso sin llegar al extremo, iba a cambiar radicalmente en un par de días. Se ave-

cinaban días de lluvia. Aquello que en otra circunstancia no me hubiera desagradado lo más mínimo, me llevaba a modificar mi plan para los últimos días. Si quería evitar toda posibilidad de lluvia durante la ascensión al Moncayo debía darme prisa. O lo que era lo mismo, debía emprender la subida a la montaña durante la mañana del día siguiente, antes de que las primeras tormentas me lo impidieran.

Afortunadamente había ido consultando páginas especializadas y tenía la suficiente información como para ponerme en movimiento. El Moncayo ofrece numerosas vías para acceder a su cumbre, y los peligros que acechan al montañero durante el invierno desaparecen durante la época seca. Elegí subir por la vertiente soriana, desde la cercana Cueva de Ágreda para no perder demasiado tiempo conduciendo hasta el inicio de la ruta. El último parte meteorológico que había podido consultar daba tormentas en la zona a partir de las 13.00 horas, así que para completar una ruta que los expertos calculaban de unas cuatro horas y media de duración debía levantarme temprano y darme prisa en empezar a caminar.

Comencé el sendero en solitario, aunque había ya algún coche aparcado donde yo dejé el mío, no muy lejos de un panel informativo. No tuve que caminar demasiado para cruzarme con un par de montañeros que bajaban a buen ritmo de la cumbre, lo que me hizo pensar en que debía haber madrugado más, como sin duda habían hecho ellos si no era que habían pernoctado en la cumbre. El comienzo de la ruta era agradable y las piernas todavía no se resentían por el esfuerzo. El pino negro y los robles conformaban una vegetación frondosa, fresca, que acompañaba el discurrir del río Trasmoncayo hasta llegar a un viejo puente de piedra. Recordé entonces las palabras de mi amigo la noche en que se gestó la idea de ascender el Moncayo.

Luego la propia montaña fue tirando de mi memoria y atrayendo pasajes de las Leyendas. Tuve un tonto instante de zozobra cuando escuché a lo lejos unos ladridos. ¿Y si se trataba de un lobo? Con toda seguridad había sido este un territorio de lobos, la propia toponimia lo confirmaba: Pico Lobera, Collado de Pasalobos... ¿y si todavía lo era? Al hilo de esto recordé de nuevo a Bécquer cuando afirmaba que los lobos no son los huéspedes más temibles del Moncayo, sino los gnomos. ¿Era cosa de gnomos aquellos ladridos? Si lo era y querían divertirse a mi costa habían acertado. Temo a los perros. Los temo desde que tengo uso de razón. Mi madre fue atacada por uno cuando me paseaba de pequeño y desde entonces creo que nunca he podido fiarme de ninguno. No me culpéis. Con el tiempo he conseguido no odiarlos. Intenté olvidarme de los gnomos y de Bécquer por un momento. Quise pensar que había oído el ladrido de un noble perro pastor que cuidaba de su rebaño en los pastizales de las cumbres y la presencia de algún montañero demasiado cercano lo habría alertado. Algo seguramente común por aquellos parajes que una men-

te urbana sobrecargada de literatura romántica interpretaba mal. Traté de centrarme en la subida y disfrutar del paisaje que ofrecía la montaña, inesperadamente agreste para quien como yo sólo lo había contemplado desde el horizonte, y temer sólo lo que podía ver, como un grupo de nubes oscuras que parecían tener prisa por aproximarse. Al poco tropecé con algo que aunque en cierta manera esperado no dejaba de ser insólito. A simple vista, junta al camino, se adivinaban los restos de un artefacto metálico. Recordé lo leído en las páginas dedicadas a la montaña. Al parecer se trataba de restos de aviones militares accidentados. Uno de los comentarios que me había llamado la atención achacaba los accidentes al magnetismo especial de la montaña, algo que curiosamente yo mismo había imaginado en otros términos, y que seguramente era arbitrario y exagerado. De todos modos, el Moncayo seguía siendo el gran dominador de aquel territorio por lo que convenía no olvidarlo en ningún momento.

El perro no volvió a ladrar y me impuse una marcha exigente el resto de la ascensión ayudado por la referencia de un montañero que caminaba unos cien metros delante de mí. Sin duda era un montañero experimentado, pues no parecía necesitar hacer descansos ni siquiera para beber agua o consultar su teléfono móvil, cosa que yo hacía más de lo que me había propuesto. De vez en cuando lo perdía de vista y al rato volvía a aparecer con el brío de siempre, a la misma distancia que parecía inalcanzable. Pese a que la gorra y las grandes gafas que cubrían su cara impedían saberlo, parecía tratarse de un tipo liviano, joven y deportista, tan joven como para no sentirme demasiado mal por no hacer ese tipo de cosas más a menudo.

Ya llegando al nacimiento del río, conseguí recortarle terreno a fuerza de no pararme demasiado a disfrutar de las vistas que iba ofreciendo la subida. No estaba siendo una mañana demasiado cálida, incluso el aire comenzaba a soplar frío invitando a echar mano del chubasquero, como acababa de hacer el desconocido montañero para afrontar el último tramo hasta la cima. El cierzo, supuse, sería otra cosa bien diferente en los meses de invierno, tan respetable como el hielo. Me había parado a calcular lo que quedaba hasta coronar cuando volví a oír ladrar al perro. Esta vez a escasos metros de donde me encontraba. Me quedé paralizado. Un poco más arriba, muy cerca del camino, pastaba un rebaño de ovejas. En un principio el pelaje claro del mastín me impedía distinguirlo del rebaño, pero pronto se alzó y se apartó unos metros. Volvió a ladrar, desafiante. No me ladraba a mí sino al montañero que debía haber abandonado el camino por alguna razón y estaba volviendo a él. El montañero, lejos de asustarse, se acercó hacia los dominios del perro. Pensé que aquello no acabaría bien para nadie. Pero el rabo del perro se movía alegremente y había dejado de ladrar. El tipo había conseguido darle algo de comida de su mano y lo que me beneficiaba a mí, había apartado al mastín del camino. El montañero siguió su paso decidido sin mirar atrás y vi su

chubasquero azul perderse en lo alto del cerro de San Juan en unos pocos minutos. Un grupo de veteranos montañeros que iniciaba la vuelta se cruzó conmigo poco antes de llegar a la cresta. Una senda bien marcada conducía hasta la cumbre del Moncayo. Lo peor era que la niebla apenas dejaba intuir la majestuosidad de la panorámica sobre el llano. Había leído que era posible divisar la otra gran montaña soriana, el Urbión, incluso los Pirineos si el ambiente era lo suficientemente diáfano.

Encontré en la cumbre un montículo consagrado a la montaña con una especie de buzón en el que la gente había ido dejando sus pequeños homenajes; al fondo otra elevación de piedra marcaba el vértice geodésico. En el cuaderno que hallé dentro del buzón oculto en la piedra apunté la cita de El gnomo que referí antes. Del montañero que me había precedido durante toda la ascensión no hallé ni rastro. La niebla, más espesa cada vez, había comenzado a abrazar la cumbre, recordándome que las previsiones no son exactas, y que la meteorología en la alta montaña es variable y traicionera. A pesar de ello, presa de la curiosidad, me puse a buscar el chubasquero azul del desconocido entre jirones de nube. Di una vuelta completa por la cima, pero definitivamente no hallé rastro alguno de su presencia. Las piedras milenarias azotadas por el viento y el hielo sonaban huecas bajo mis botas. Tropecé y estuve a punto de caer dos veces y al final volví al camino. Entonces lo vi a lo lejos, dejando atrás el desvío que llevaba al collado por donde habíamos ascendido. Su chubasquero era ahora azul y negro. No, el negro era el color de sus largos cabellos que movía el viento, libres de la gorra por unos instantes. Quien había guiado mis pasos en todo momento no era un hombre sino una mujer con una cabellera tan oscura como sólo había visto antes a las indias de Nuevo México. Caminó en dirección sureste hasta que pareció perderse en el vacío. Supuse que había optado por descender la montaña por la vertiente aragonesa.

Emprendí el camino de vuelta todavía divertido por mi sorpresa. El mastín y su rebaño se habían alejado lo suficiente como para no tener que preocuparme. La bajada, sin bien más ligera que la subida, requería más cuidados. En ocasiones convenía dejarse llevar por la pendiente, que parecía hacer partícipe al cuerpo de la euforia que me producía haber alcanzado la cumbre; sin embargo había que impedir que el cuerpo se moviera en exceso como si fuera una marioneta a merced de la montaña. Calculé que faltaba una hora para alcanzar el coche cuando el primer trueno crujió en la lejanía. En poco tiempo el cielo se había cerrado completamente y comenzó a llover. Tuve que caminar bajo la lluvia durante mucho tiempo. El sonido de la naturaleza había tomado la montaña, el olor de los pinares se intensificó. No apreté el paso hasta el coche porque la lluvia me estaba limpiando y acababa de conquistar la montaña sagrada.

La lluvia no dio tregua durante horas. Pasé la tarde contemplando el espectáculo de la tormenta desde mi cama, la venta-

na abierta traía olor a tierra mojada. Intentaba pasar al papel la experiencia de la ascensión, una especie de resumen de la jornada, tipo diario. Por primera vez en mucho tiempo estaba escribiendo de verdad. Escribía convencido de que la montaña me había otorgado algo de su poder. ¿Por qué si no llegan los alpinistas a arriesgar sus vidas en ocasiones para alcanzarlo? De vez en cuando me venía a la mente la imagen de la montañera con su cabellera negra agitada por la brisa. Me vi paseando a su lado por la una gran plaza llena de gente al caer la tarde, saludando a otras parejas. Qué tontería. Hubiera pasado horas descargando sobre el papel todo un alud de sensaciones por mucho tiempo reprimidas. Sólo la calma repentina y el canto renovado de los pájaros me sacó del trance y recordé que tenía el tiempo justo para cambiarme y acudir a la conferencia sobre Sor María de Jesús.

Llegué con cinco minutos de adelanto, suficientes para ocupar mi sitio en la escalera de piedra y admirar una vez más el patio interior del palacio. La gente llegaba casi siempre por parejas. Reconocí a una de ellas, afable y despreocupada, con la que había intercambiado saludo en los días previos. La mayoría era gente mayor, sin duda religiosa. Entré y ocupé una de las primeras filas, aunque en la parte lateral más cercana a la puerta, por si aquello se me acababa haciendo demasiado largo. Saqué mi cuaderno para tomar alguna nota. Al poco, el grupo que había estado charlando junto a la mesa central destinada a los conferenciantes se disolvió y cada uno fue ocupando su lugar en las primeras filas o en la propia mesa. Tras el fraile y la representante del Ayuntamiento, la última en sentarse fue la doctora de la Universidad de Albuquerque. No fue difícil distinguir la misma melena negra que había visto ondeante en la cumbre del Moncayo.

Cuando salí de mi estupefacción, ya la concejala de cultura había presentado a los dos conferenciantes y el fraile había tomado el turno de palabra. Calculé que este tendría mi edad, incluso algunos años menos, aunque el hábito marrón de carmelita posiblemente lo envejecía. Empezó estableciendo una equivalencia entre el Moncayo y la protagonista de su ponencia, una de las cumbres de la mística española junto a Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz. Su voz tenía la entonación algo forzada de los noticieros radiofónicos antiguos. Acudía con frecuencia a sus notas, pues había salpicado su discurso de citas de la propia religiosa y de otras autoridades. A veces intercalaba algún coloquialismo entre su exégesis, pero como la engolada entonación no variaba, apenas unos pocos del respetuoso público congregado percibían el guiño o la ingenua broma con la que trataba de aligerar su intervención. Gran parte de esta fue empleada en dar a conocer la vida y obra religiosa de Sor María, haciendo especial hincapié en su importante legado literario apenas conocido. Anunció que dejaba para el debate pos-

terior la valoración de su labor evangelizadora en América, y aprovechó para dar paso a su compañera en la mesa la doctora en Historia Nativa Americana Herminda Letelier.

La doctora Letelier, que había esperado circunspecta el momento de su intervención, y a la que yo no había parado de observar desde que la identificara como la montañera amiga de los perros, vestía un vestido de color azul marino estampado con grandes flores blancas, y había apartado unos mechones de su pelo para hacerse un par de finas trenzas que le daban un pretendido aspecto indígena. En su primera intervención se metió en el bolsillo a un público hasta el momento algo rígido. Hablaba un castellano perfecto, con los rasgos propios de los dialectos fronterizos mexicanos. Al contrario que el fraile no traía papel, pero su discurso era muy fluido y sus digresiones oportunas y ocurentes, haciendo que brotaran las risas entre la concurrencia en varias ocasiones. Hizo un ameno repaso de la historia de las misiones españolas en territorio americano y de su vigencia en la actualidad, haciendo hincapié en la importancia de la religión católica para la integración de los indígenas en la sociedad moderna, aunque tuvo la delicadeza de no ponerse como ejemplo. Para concluir su intervención volvió a centrar la conferencia en Sor María, en la adoración de su figura por parte de los indios Pueblo, de los cuales dijo ser descendiente por rama materna, y concluyó nombrando algunos de los documentos que dan crédito a la presencia de la religiosa en la zona. Finalmente invitó al fraile a exponer en primer lugar el punto de vista religioso sobre el tema de las bilocaciones, con lo que volvió a mostrarnos una sonrisa limpia y radiante que fue pasando de boca en boca de los presentes de la primera a la última fila, como cuando en misa se da la paz. El fraile tomó la palabra y se estableció un intercambio de puntos de vista entre Historia y religión que fue lo más interesante del acto.

Cuando al sonido de los aplausos siguió el movimiento de sillas y los inevitables comentarios entre la concurrencia, intenté llegar hasta la mesa para acceder a la montañera conferenciante que ya había sido solicitada por un pareja de jóvenes con aires universitarios. Me sentía con la absurda obligación de presentarme ante ella. Tal vez había pasado demasiado tiempo sin charlar con alguien que no fuera un camarero o una guía turística, y ahora se me ofrecía la posibilidad. Al menos tenía algo que decirle, lo suficiente para iniciar una conversación, pero no sabía muy bien cómo. Estaba mi curso en Las Cruces, mi visita a Salinas, la ascensión al Moncayo creyéndola un montañero, la anécdota del mas-tín, mi visión paseando a su lado por aquella plaza; pero sobre todo estaba su preciosa melena negra y su sonrisa. Tan vacilante estaba que fui adelantado por un par de señoras y alguien de la organización que la requería con urgencia y que se la llevó fuera del recinto. Traté de salir tras ella, pero ya el fraile carmelita se había interpuesto en mi camino.



David del Río Aranda

Parecía interesado por mi cuaderno. Me había visto tomar notas durante la conferencia y pensó que era periodista. Preguntó si había sido de mi agrado y le contesté que sí, pero que no era un reportero, y que sólo me interesaba por el tema de la mística desde un punto de vista literario. Volvió a insistir en la casi siempre ignorada faceta literaria de la agredeña y muy amablemente me recomendó una página en internet dedicada a Sor María donde podría encontrar sus textos. Luego se disculpó para atender a un grupo de jubilados que lo recibieron como a un familiar. Salí de allí en busca de la doctora Letelier, pero mi charla con el fraile me había hecho perder un tiempo precioso. Busqué en todas las dependencias que hallé abiertas en el palacio pero con la misma suerte. Supuse que el Ayuntamiento le habría preparado algún tipo de agasajo en forma de cena oficial o algo parecido.

Emprendí entonces una batida por todos los bares y restaurantes del pueblo, que no son pocos, en busca de la doctora. La noche había caído sobre Ágreda y a cada paso que daba entre sus calles creía ver el negro cabello de la doctora Letelier entre la multitud. Volvía a llover con cierta

fuerza y los pocos transeúntes que no estaban a cubierto se apresuraban a estarlo. Salí corriendo tras una muchacha que vestía un chubasquero azul, pero al llamarla recibí su cara de estupor y las malas pulgas de su novio. Encontrar a la doctora se había convertido en una urgencia tal que ni siquiera me planteaba qué iba a hacer con ella si es que la hallaba. Me vi reflejado en un escaparate. Parecía un vagabundo bajo la tormenta. Peor, actuaba como el protagonista de la leyenda de Bécquer El Rayo de luna persiguiendo una ilusión. Decidí entonces rendirme y volver a la casa rural. Era muy tarde y ni siquiera había cenado, pero por suerte hallé el restaurante de la casa abierto. En la mesa que solía ocupar yo, encontré a la doctora Letelier tomando un té.

Ella misma fue la primera en sonreír y ofrecerme un sitio en su mesa cuando me vio entrar con aquella pinta de perro mojado. Algo así dijo, que parecía un perro en busca de un dueño cuando me quedé mirándola fijamente sin poder articular palabra. Contesté con una sonrisa antes de explicarle que llevaba todo el día detrás de ella.

Herminda Letelier era hija de una india de la nación Pueblo y de un médico chileno que había pasado por las misiones en su juventud. Había sido invitada a cenar por una asociación cultural creada para fortalecer los lazos establecidos desde el insólito hermanamiento entre la villa de Ágreda y el estado de Nuevo México, pero había pedido ser dispensada para retirarse pronto pues al día siguiente debía madrugar para coger un vuelo en Madrid. Ella también me había visto notas durante la conferencia, pero no pensó que yo fuese periodista, más bien decía que me encajaba la versión del escritor curioso. Yo me olvidé de cenar y pedí otro té, y luego fueron un par de copas y otras dos hasta que el dueño nos advirtió que iba a cerrar el bar. Entonces no iba a quedarme con las ganas de enseñarle mi habitación y me sentía con la fuerza del Moncayo todavía en la sangre, así que la invité. Y dijo que sí.

Las dimensiones de la habitación fueron un aliado inesperado, pues la cama era el único sitio en el que ambos podíamos estar sentados, lo que propiciaba el acercamiento y la predisposición de los cuerpos. Y más cuando empezaron a surgir esas casualidades imprescindibles para una primera cita que parecen cosa de hechicería. Como que el mismo día que yo estuve en Salinas, ella también pasó por la misión y se detuvo ante la estatua de Sor María pues era obra de un buen amigo suyo; o que más que en mis notas se había fijado en mi manera de tomarlas, que le recordaban mucho a cómo escribía su padre... Fuimos intercambiando confidencias hasta que nos llamó la cama a su seno para que pudiera comprobar los milagros del mestizaje.

Las primeras luces trajeron la noticia esperada de su ausencia. Traté de disipar la melancolía buscándola de nuevo en el sueño, pero su imagen de perfil, con la cara apoyada sobre sus palmas, como la había visto la última vez, me venía una y otra vez cada vez que cerraba los ojos para intentarlo. Aquel último gesto sobre la almohada de Herminda atrajo la imagen de la indígena que aparecía junto a Sor María en la escultura de la misión en Salinas. Una idea me persiguió durante toda la mañana, hasta que decidí correr a la biblioteca para comprobarlo.

Busqué una fotografía de la escultura en la red. El perfil de la indígena era idéntico al de la doctora Letelier, como si hubiera tenido en esta su modelo. Guiado ya por los pensamientos más irracionales busqué a la doctora entre la plantilla del profesorado que ofrecía la página de su Universidad.

Finalmente di con un número de teléfono que comunicaba con su departamento de estudios. Si no calculaba mal hasta las 15.30 hora española no atenderían mi llamada. Pasé el tiempo buscando información sobre Herminda Letelier y sus publicaciones. Muchas de ellas se referían a Sor María y al tema de las bilocaciones. Podía decirse que era la mayor experta en el tema, al que había consagrado prácticamente toda su obra

editada. No veía el momento de hacer la llamada y desterrar de una vez por todas mi absurda hipótesis. Al otro lado del teléfono escuché el saludo de una becaria que después me pasó con un profesor del departamento de Historia. La doctora Letelier estaba ausente. Había viajado a España donde tenía que dar una conferencia.

Lo primero que hice cuando encendí de nuevo mi ordenador para empezar a pasar a limpio todo el trabajo que había ido acumulando durante aquellos días fue cambiar la imagen del fondo de pantalla. Busqué una de las fotos que había tomado del Moncayo y la coloqué como buscando su protección. En el correo electrónico encontré un par de mensajes sin leer. El primero traía el visto bueno para la publicación de los relatos americanos. Tembloroso todavía por la emoción abrí el segundo. Este era más complicado de asimilar.

Teniendo en cuenta las diferencias horarias que comprobé una y otra vez, y la hora de su emisión, había sido escrito durante la noche que pasé con la doctora Herminda Letelier en la casa de Ágreda. El remitente era un compañero mexicano de la Universidad de Las Cruces, un buen amigo con el que seguía manteniendo contacto, uno de los que aquella mañana me acompañara a Salinas a visitar las misiones. Se mostraba algo molesto pues me acusaba de haberme visto en Albuquerque y no haberle puesto al corriente de mi llegada. Enseguida le envié un mensaje para sacarlo de su error. Poco después insistía en su contestación. Juraba haberme visto mientras conducía su coche paseando por la plaza del campus de la Universidad, acompañado de una mujer de aspecto indígena que llevaba un vestido azul. Calculé que la hora en la que decía haberme visto coincidía con la tarde de mi ascensión al Moncayo. Exactamente en ese momento en que mi amigo creía haberme visto yo me encontraba en Ágreda, en mi habitación de la casa rural, entregado a una especie de éxtasis literario. Cuando le dije que aquello era imposible por estas mismas razones no me creyó. Tras mi insistencia maldijo por no haber sacado una foto como prueba y se resignó bromeando con que era un caso claro de bilocación.

Quise pensar que la miopía de mi amigo tenía la culpa de aquello. Pero sin duda el magnetismo que irradia la montaña sagrada, el misticismo de Sor María de Ágreda, la magia de aquella noche perfecta junto a Herminda... todo puede que contribuya a que todavía hoy no descarte lo que es para casi todos inaceptable. Mi amigo mexicano sigue jurando que me vio aquella tarde paseando junto a Herminda, como yo mismo lo había experimentado vivamente antes siquiera de hablar con ella. Después de intentar varias veces sin éxito establecer contacto con Herminda, tal vez en mi propia defensa, pasé a pensar en ella como en un sueño. Para no echarlo en saco roto, me puse a narrarlo. Luego le pedí a mi editor que lo incluyera como un último relato americano.

